

Los raros

La ciudad interior

Rosa Beltrán

“Una ciudad cambia más rápidamente que el corazón de un mortal”, dice Walter Benjamin, de modo que aprehender el instante es hablar siempre en pasado. No obstante, por siglos, los humanos se han empeñado en grabar la historia de las ciudades y dejar constancia de esa fugacidad que permanece. Buscar los signos de la ciudad pasada que se manifiesta en el presente es una de las constantes en la obra de Vicente Quirarte. En sus ensayos, crónicas y aun en su poesía aparece como un observador de los modos en que esa ciudad va afectando su vida, como un *flâneur* del siglo XXI.

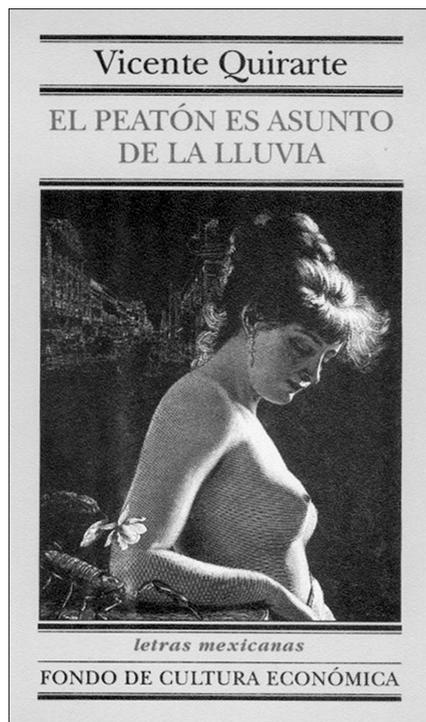
Fundada en el tiempo es una suerte de compendio de los motivos recurrentes en su obra. Desde los espacios emblemáticos hasta los enseres que formaron parte de su vida (o de la nuestra) y que han desaparecido, llevándose con ellos usos y costumbres de otros años, los distintos “aires” o fragmentos textuales conducen a un recorrido por el espacio y el tiempo que por un momento consigue ser uno solo. El niño que nace en el departamento de altos 1 número 48 de Allende no es distinto del joven que oye desde el balcón de su casa a los muchachos de la ESIME en el 68 corear la consigna “Por San Juan de Letrán, por San Juan de Letrán”. Es también el que oye con fascinación las historias del viejo portero, don Pancho, narradas en la parte trasera del edificio colindante con el templo de San Lorenzo, y queda condenado por años a ver “monjes que solían pasearse, con llamas azules, en el espacio más aterrador del edificio, o los condenados a muerte por el Tribunal de la Santa Inquisición en la vecina Plaza de Santo Domingo”. Lo que nos ocurre una vez nos

ocurre para siempre. Prueba de ello es que la fascinación hipnótica de esas historias no abandonó al Quirarte adulto que escribe y reescribe de distintos modos la ciudad. Desde un punto de vista objetivo todas sus historias son historias de aparecidos. “Nacer en el Centro es estar en el centro de todas las cosas”, dice, y para él, las cosas son la lectura de un principio imantador en el que se resumen vida, lecturas, andanzas.

Si es cierto, como dice Salvador Novo, a quien le tocó vivir una ciudad que ya se acercaba a lo monstruoso, que “uno llega, si vive en (la ciudad) muchos años, a no ejercer más que unos sitios”, es verdad también que el registro de un solo cuadrante, el primer cuadrante, puede ser el de muchos más, que se replican como cajas chinas, y es sin duda también el descubrimiento de sus secretos más poderosos. De la fundación del Templo Mayor a la inauguración del Metro, pasando por las rutas de autobuses y tranvías que salían a extender la ciudad a sus márgenes, no hay autor que haya escrito sobre la Ciudad de México de los que aparecen en el libro (no aparece citada ninguna autora) que no parta o se refiera al Centro como el origen de todos nuestros asombros y males urbanísticos. La maestría de Quirarte y uno de sus rasgos más originales, me parece, está en hacer alusiones paralelas entre lo visto y lo vivido con la literatura de esos otros que leyeron antes que él esos mismos pasos. “Cuando nací, hacía diez años que Efraín Huerta había publicado *Los hombres del alba*, primer libro de poemas íntegramente dedicados a la Ciudad de México. De esa época es también el cuadro panorámico de Juan O’Gorman donde

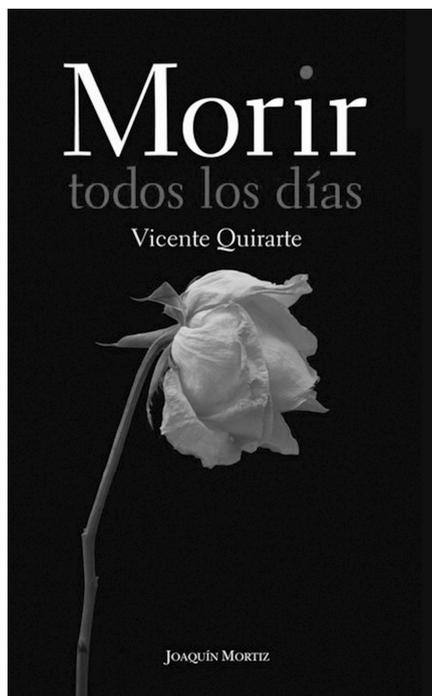
aparece la capital vista desde el Monumento a la Revolución”. Ya antes había dicho que “cuando daba mis primeros pasos en (la ciudad), Agustín Yáñez escribía *Ojerosa y pintada*, novela donde el cuerpo de la ciudad es recorrido por un taxi. El conductor no actúa, en sentido estricto, pero su oído registra las voces de la urbe [...]. Dos décadas más tarde, Luis Arturo Ramos escribiría *Violeta-Perú*, nombre de una línea de autobuses donde sus personajes experimentan metamorfosis internas mientras miran la urbe desde el autobús”.

Para el autor de esta compilación de ensayos, crónicas y poesía, hablar de autores es también reconstruir el momento histórico y las condiciones en que escribieron. Y ofrecernos la ciudad vivida y experimentada por ellos en el momento de la escritura. En un capítulo memorable, habla de la relación de Gilberto Owen y Federico García Lorca con Nueva York, una relación diametralmente opuesta pese a que ambos llegan a esa ciudad en fecha cercana (1928 y 1929, respectivamente). De Lorca sabemos que escribió su libro más audaz (*Poeta en Nueva York*) y que nunca aprendió inglés. Owen, en cambio, dice Quirarte, “llegaba con una herida amorosa” y quizá por ello tenía la necesidad de salir de sí y conocerlo todo. Entre las cartas de amor a Clementina Otero y a los Contemporáneos, sorprende una escrita en 1929 y dirigida a Xavier Villaurrutia en la que revela su pasión por el Metro (p. 136). En carta del 22 de abril de 1929 a Xavier Villaurrutia comenta: “Quisiera presentarte a mi *subway*. Tenemos la misma edad, dicen unos carteles que he visto, nacidos tú, él, Salvador y yo en 1904, déjame decir-



y escriben. El primero es vértigo, modernidad, encuentro imposible con los otros. El tranvía propicia en cambio meditaciones nostálgicas como la de Girondo: “¿por qué, a veces, sentimos una tristeza parecida a la de un par de medias tiradas en un rincón?”. Quirarte concluye este apartado con una línea impecable: “El tranvía es el último de los románticos”.

Aunque las ciudades nazcan en principio como intentos de estructuras equilibradas “para crecer en armonía con sus usuarios” es inevitable que en algún momento de su historia aparezcan los “guetos”, los márgenes. La intención renacentista que tuvieron los españoles tras la caída de Tenochtitlán en la que “se apresuraron a marcar los límites de la ciudad destinada a los vencedores” no impidió que lo que estaba más allá de la traza lo dejaran a los barrios periféricos “donde los vencidos se hacinaban”. Y como una ciudad es todos sus territorios, los barrios bajos aparecen en las litografías de Casimiro Castro, en los “lunares sociales” del Porfiriatto y en los espacios disidentes de nuestras casas. Trapecista sin red, Quirarte da un salto de los puentes y las hacinadas periferias a clósets y cajones y cuartos de lavado y demás “guetos personales”, esas áreas de escaso tránsito visual, que con los años avanzan como esos inquilinos invisibles de “casa tomada”. Desde *La invencible*, Quirarte me deslumbró por su capacidad de unir espacio exterior con el submundo de la biografía personal. En esta obra, la oscuridad de Peter Parker es también la de Vicente, cuando no puede ir de edificio en edificio porque no siempre se puede ser el Hombre Araña. De modo que en muchas de sus páginas más dichosas el lector podrá ver cómo quien escribe pone barricadas a ese enemigo cotidiano que nos interrumpe y trata de meterse a las horas más insospechadas en nuestro día. Cómo hacer cuando las manos no son suficiente *bulldozer* para acabar con los recuerdos que “se agrupan en pandillas”, que irrumpen y nos vuelven a la zona marginal de nuestras vidas imperfectas. **U**



nos generaciones de subweyes, fácilmente muertos”.

Salvador Novo adopta también el *subway* y la cafetería, dos costumbres que considera “estados de conciencia”, mientras que Efraín Huerta lo incorpora de inmediato a su inventario poético. El tren subterráneo que determinará a la “Generación del Metro”, la de los Contemporáneos, y que en ellos funciona como metáfora de quien busca desentrañar el sentido del discurso, es para Quirarte, a varios años de distancia, el símbolo del *carpe diem* y el ins-

tante fugitivo: “ser capaces de asir lo que llega es lo único que tenemos en las manos”.

Increíblemente, casi al mismo tiempo, Oliverio Girondo escribe sus *Veinte poemas para ser leídos en tranvía* (1922) mientras que el joven y desconocido (dos adjetivos que dan la sensación de no pertenecerle) Jorge Luis Borges “debió su lectura de *La Divina Comedia* a la parsimonia del tranvía que abordaba cuando no recorría a pie las calles de su fervoroso Buenos Aires”. Y la experiencia de andar en un transporte (Metro, tranvía) es palpable en lo que leen

Vicente Quirarte, *Fundada en el tiempo. Aires de varios instrumentos por la Ciudad de México*, UNAM/Dirección de Literatura, México, 2015, 227 pp.